

EL FANTASMA DE LA OPERA

figuras; nuestros ricos también se benefician del presupuesto) a que se traiga «lo mejor». Sobre todo, a los españoles, que deben cantar en su patria. Los «pobres» creen que no es necesario. Algunos de ellos dicen que las grandes figuras cantan mejor para los ricos que para los pobres: es en esas funciones donde están los críticos, los directores de los sellos de discos de todo el mundo, los empresarios. En la «cuarta» están molestos con la televisión, y los aplausos suelen ser menores (en la «cuarta» puede haber pateos) y no tiene trascendencia. Otros discuten esa probabilidad, la niegan. Creen que hay una corriente entre el cantante y el público, y que el público «pobre» es el más entendido, y el «rico» el más indiferente: la gran figura puede cantar para los «pobres» mejor que para los ricos. «Unos sí y otros no», concluye la discusión, con el ecléctico empleo del término medio.

Si seguimos la idea general de este plan, sería la siguiente: aceptar el teatro de la Zarzuela como sede definitiva de la Opera de Madrid, y habilitar o facilitar otros teatros en capitales españolas para que la temporada continúe en ellos; crear producciones propias, con directores de escena españoles, escenografías propias; aumentar el número de representaciones con a) más títulos y b) más funciones fuera de abono; inventar una orquesta titular del teatro de la Zarzuela, de la que podría encargarse el maestro García Navarro —que ya ha dirigido «Tosca» en esta temporada—; especialización y permanencia de un coro; incorporación de cantantes de la Escuela Superior de Canto, que podrían llegar a incorporar sus producciones a la temporada.

De esta forma, el fantasma de la ópera quedaría conjurado. Por vías de relativa modestia, pero que responden a un hecho que está sucediendo en España y que parece simultáneo en el mundo (Ver Triunfo, número 1): la popularización de la ópera la incorporación de un público que había salido despedido de ella por razones de precio o por disgusto del revestimiento social. Se está reflejando en la venta de discos, en el seguimiento de las retransmisiones de ópera españolas y extranjeras (esto es, producidas aquí o fuera de aquí), por Televisión, en las filas para las funciones llamadas «baratas», en la afluencia de matrículas en la Escuela Superior.

A condición, evidentemente, de que haya una continuidad en estos propósitos que encierran algo de democratización, algo de sentido nacional. ■

LA CARNE ES YERBA

(Los tres primeros folios de mi próxima novela)

MANUEL VICENT

AQUELLA mañana de primavera, Joan Albert fue arrebatado por un golpe de gloria y decidió convertirse en un héroe. El ataque le sorprendió sentado en su sillón preferido con la boca entrecabierta, el labio colgado y la mirada fija en el busto de Beethoven que tenía en la estantería. En ese momento se encontraba solo. Alrededor de las 11 de aquel lunes, 23 de marzo de 1981, Joan Albert notó primero una vibración en lo más bajo de su vientre y en seguida una oleada de calor o fiebre que le subía por las venas de los brazos y los cuatro lados del pecho hacia el cerebro directamente. Esta vez comprendió que el ataque era de verdad. Cuando la sangre ardiendo le llenó la cabeza quedó de repente ofuscado o deslumbrado hasta perder el conocimiento. Dobló el tronco contra la cornisa de la butaca y entonces sucedió algo muy raro. Bajo la bóveda del cráneo, en plena oscuridad, Joan Albert oyó voces de salmos o de mandatos proféticos que le llegaban de lejos y resonaban en los bulbos de la nuca, como si alguien de mucha autoridad le impusiera un destino con palabras lentas, sagradas e indescifrables. No entendió nada.

Cuando salía del letargo las últimas frases del mensaje comenzaron a entretenerse con el sonido del hilo musical que tocaba algo de Frank Pourcel. Abrió los ojos y al instante se sintió perfectamente bien, pero no supo decidirse si habrían pasado unos minutos o varios años aunque la raya de sol partía aún el mismo cojín del sofá y a su alrededor veía instalados los objetos mediocres de antaño, la cabeza crispada de Beethoven, el calendario con cuatro perdices ensangrentadas, las moscas ahogadas en el tintero de la mesa de estudio. Pero no era lo mismo. Ahora tenía la evidencia de que el mundo tocaba a su fin y

él había recibido órdenes muy concretas de anunciar las postrimerías. No podía percibir todavía si el cataclismo que se avecinaba era físico o estético, si realmente iba a reventar este planeta como una castaña bajo una lluvia de fuego o se trataba sólo de una revolución espiritual. Las voces de mando en el interior de la calavera que se sumaron a la lipotimia le habían señalado el camino para salir de la mediocridad y convertirse en un héroe, en un profeta e incluso en un dios. Joan Albert comenzó a actuar automáticamente desde ese momento como un predestinado.

Se levantó del sillón y se dirigió a la cocina, llenó de agua casi hasta el borde la olla-exprés y la puso a calentar en el gas. Mientras el agua hervía una melodía de violines invadía el pequeño apartamento amueblado. Joan Albert miró desde la ventana de aquella séptima planta una vez más la mediocridad de la calle que había contemplado durante una década de soledad, la frutería con cuatro piñas suspendidas de un hilo en el dintel, la pollería de azulejos blancos, furgonetas de reparto aparcadas en tercera fila, gente que iba por la acera con el pelo revuelto por un ventarrón de primavera. Nadie allí abajo sabía que faltaban cuarenta días exactos para el fin del mundo. No pensó absolutamente nada. Cuando oyó a su espalda que la olla hervía Joan Albert se acercó a la estantería y buscó la «Iliada» de Homero. Pasó una y otra vez el dedo enfriado por los lomos de la biblioteca hasta que brillaron contra su uña unas letras doradas. Cogió el volumen y soplo el polvo del canto superior. Ni siquiera lo abrió. Sabía que estaba rebosante de dioses, héroes, hazañas, pasiones, mitos, aspiraciones de belleza y sueños inasequibles. Joan Albert se fue a la cocina con el libro bajo el bailable de violines

románticos del hilo musical. Metió el tomo en el agua hirviendo y luego tapó la olla-exprés herméticamente con la palanca de herrajes. La «Iliada» se puso a cocer a fuego lento como un repollo.

Joan Albert marcó el teléfono de *Partenón* y pidió que le mandaran a una masajista de dieciocho años. Mientras la masajista llegaba y la Iliada se convertía en sopa Joan Albert se entretuvo mirando un folleto sobre Creta. Había una tapia con un

fresco azul donde saltaban delfines descascarillados. También se veían unas cabras ramoneando entre columnas minoicas derribadas, algún capitel con la nariz de un dios en tierra entre cagarrutas y briznas de anís. En otra ilustración aparecía una lagartija que tomaba el sol en el basamento de palacio. Después se sucedía un paseo de cipreses, campos con viñedos, un viejo con un jumento, ancianas hilando junto a una pared encajada, la escena de un baile típico

en una plazoleta descarnada por la luz y la silueta de un yate con cuatro navegantes en cubierta que atracaban en un puerto de pescadores sin enterarse tampoco de que se acercaba el fin del mundo. Joan Albert nunca había estado en Creta, sólo tenía sobre ella una imaginación cultural, pero ese era el lugar que había elegido para hacer su presentación como dios. La contemplaba ahora en el folleto que le había regalado el psicoanalista, los sótanos de Cnosos, los fosos del laberinto, la tapia de mamposería con el fresco de delfines. El papel venía comentado con una palabrería acerca de la belleza y exaltaba cierto inmoralismo de la vida frente al espíritu, una subespecie de filosofía de Nietzsche para ejecutivos un poco cachondos con el pasaporte en regla.

Joan Albert recordó lo que le había dicho el psicoanalista. Tienes derecho a creer que todo irá bien durante algún tiempo, eres todavía un hombre joven y nadie te ha detectado algo irreparable en el cuerpo. Pero Creta no existe. La perfección racional, los deseos abstractos de belleza y los conceptos absolutos son ratas muertas. La felicidad es sólo una tregua de pequeños placeres, las duras nalgas de Katy, tus dos erecciones a la semana, esa agradable conversación en el restaurante árabe. Joan Albert se estaba mirando en ese momento en el espejo del lavabo y bajo su imagen, que todavía no había cambiado nada después del ataque vio los potingues de la repisa, el frasco del tinte de las patillas, las píldoras laxantes, las pastillas contra la depresión, las cremas para masajes. Fue en ese instante, allí de pie, cuando sintió moverse algo entre los muslos, un cosquilleo de pequeñas patas. En seguida observó que por los entresijos de la bragueta comenzaban a aparecer unos filamentos de oro o antenas radioactivas que se agitaban ya en el aire. Después asomaron sus ojos paranoicos, dos esmeraldas del tamaño de las lentejas. Una cigala con el caparazón lleno de diamantes o de reflejos de muchos vidrios salió de la bragueta de Joan Albert e inició una ascensión por el pantalón de franela dejando un rastro de purpurina. Trató de aceptar el hecho con naturalidad. Joan Albert sólo estaba admirado por el esfuerzo de aquel animal de pedrería, lleno de hilos y brillos fosforescentes que peleaba obsesivamente por agarrarse con sus pinzas a la lana del jersey. ■

